

Cuento del zar Saltán

Tres doncellas bajo la ventana

hilaban tarde, al anochecer.

«Si yo fuera zarina —

dice una de las doncellas—,

para todo el mundo cristiano

prepararía un banquete».

«Si yo fuera zarina —

dice su hermanita—,

para todo el mundo sola

tejería lienzo».

«Si yo fuera zarina —

habló la tercera hermana—,

para el padre-zar

daría a luz un bogatyr».

Apenas hubo pronunciado estas palabras,

la puerta crujió suavemente,

y en la cámara luminosa entra el zar,

el soberano de aquella región.

Durante toda la conversación

él había estado detrás de la cerca;

el discurso de la última, por todo ello,

le había gustado.

«Salud, hermosa doncella —

le dice—, sé zarina
y da a luz un bogatyr
para mí a finales de septiembre.
Y vosotras, queridas hermanitas,
salid de la cámara luminosa,
partid tras de mí,
tras de mí y tras vuestra hermana:
sed la una tejedora,
y la otra cocinera».

Salió al vestíbulo el zar-padre.
Todos se dirigieron al palacio.
El zar no tardó en prepararse:
aquella misma noche se casó.

El zar Saltán, en el banquete solemne,
se sentó con la joven zarina;
y luego los honorables invitados
acostaron a los recién casados
sobre un lecho de marfil
y los dejaron solos.

En la cocina se enfurece la cocinera,
llora junto al telar la tejedora,
y ambas envidian
a la esposa del soberano.

Y la joven zarina,
sin demorar los asuntos,
desde la primera noche quedó preñada.

Por aquellos tiempos había guerra.
El zar Saltán, despidiéndose de su esposa,
montando en su buen caballo,
le encargó que se cuidara,
amándolo a él.
Mientras él, muy lejos,
lucha larga y cruelmente,
llega el tiempo del parto;
Dios les dio un hijo de una vara de alto,
y la zarina sobre el niño
es como un águila sobre su aguilucho;
envía con una carta a un mensajero,
para alegrar al padre.
Pero la tejedora y la cocinera,
junto a su comadre, la vieja Babarija,
quieren perderla,
mandan interceptar al mensajero;
ellas mismas envían a otro mensajero
con esto, palabra por palabra:
«La zarina dio a luz en la noche
ni un hijo, ni una hija;
ni un ratoncillo, ni una ranita,
sino una bestezuela desconocida».
Al oír esto el zar-padre,
lo que le trajo el mensajero,
en su ira comenzó a hacer maravillas

y quiso colgar al mensajero;
pero, ablandándose esta vez,
dio al mensajero tal orden:
«Esperar el retorno del zar
para una decisión legal».

Viaja el mensajero con la misiva,
y finalmente llegó.

Pero la tejedora y la cocinera,
junto a su comadre, la vieja Babarija,
mandan despojarlo;
emborrachan al mensajero hasta caer
y en su vacía alforja
meten otra misiva —
y trajo el mensajero, ebrio,
aquel mismo día tal orden:
«El zar manda a sus boyardos,
sin perder tiempo en vano,
a la zarina y a su cría
arrojarlas secretamente al abismo de las aguas».

No hay más remedio: los boyardos,
habiéndose afligido por el soberano
y por la joven zarina,
fueron en tropel a su alcoba.

Anunciaron la voluntad del zar —
el mal destino para ella y su hijo,
leyeron en voz alta el ukaz,

y a la zarina en aquel mismo instante
la metieron en un tonel con su hijo,
lo sellaron con brea, lo hicieron rodar
y lo lanzaron al Océano —
así lo ordenó, dicen, el zar Saltán.
En el cielo azul las estrellas brillan,
en el mar azul las olas golpean;
una nube cruza el cielo,
el tonel flota por el mar.
Como una viuda amargada,
llora y se agita en él la zarina;
y el niño allí crece
no por días, sino por horas.
Pasó un día, la zarina grita...
Y el niño apremia a la ola:
«¡Oh, ola mía, ola!
Eres juguetona y libre;
chapoteas donde quieres,
desgastas las piedras del mar,
inundas la costa de la tierra,
levantas los barcos —
no destruyas nuestra alma:
¡arrójamos a la orilla!».
Y la ola obedeció:
inmediatamente a la orilla
llevó el tonel suavemente

y se retiró tranquilamente.

Madre e hijo están salvos;
ella siente la tierra.

¿Pero quién los sacará del tonel?
¿Acaso Dios los abandonará?

El hijo se puso de pie,
apoyó la cabeza en el fondo,
hizo un pequeño esfuerzo:
«¿Cómo podríamos aquí
abrir una ventanita al patio?» — dijo,
rompió el fondo y salió fuera.

Madre e hijo ahora están libres;
ven una colina en un campo amplio,
el mar azul alrededor,
un roble verde sobre la colina.

El hijo pensó: una buena cena
nos sería, sin embargo, necesaria.

Rompe una rama del roble
y la dobla formando un arco tenso,
de una cruz toma un cordón de seda
y lo tensa sobre el arco de roble,
rompe una fina caña,
la afila convirtiéndola en una ligera flecha
y va al borde del valle
junto al mar a buscar caza.

Apenas se acerca al mar,

he aquí que oye como un gemido...
Parece que en el mar no hay calma;
mira — ve un asunto peligroso:
un cisne se debate entre las olas,
un milano vuela sobre él;
esa pobrecilla chapotea así,
enturbia el agua alrededor y golpea...
Él ya ha extendido sus garras,
ha afilado su pico sangriento...
Pero justo entonces silbó la flecha,
alcanzó el cuello del milano —
el milano derramó sangre en el mar,
el príncipe bajó el arco;
mira: el milano se hunde en el mar
y no gime con grito de ave,
el cisne nada alrededor,
pica al malvado milano,
apresura su cercana perdición,
golpea con el ala y lo ahoga en el mar —
y luego al príncipe
le habla en lengua rusa:
«Tú, príncipe, mi salvador,
mi poderoso libertador,
no te entristezcas porque por mí
no comerás durante tres días,
porque la flecha se perdió en el mar;

esta pena — no es pena alguna.
Te lo pagaré con bien,
te serviré después:
tú no salvaste a un cisne,
sino que dejaste viva a una doncella;
tú no mataste a un milano,
sino que disparaste a un hechicero.
Nunca te olvidaré:
me encontrarás en todas partes,
y ahora tú vuelve,
no te aflijas y acuéstate a dormir».
Voló el ave-cisne,
y el príncipe y la zarina,
habiendo pasado así todo el día,
decidieron acostarse en ayunas.
He aquí que el príncipe abrió los ojos;
sacudiendo los ensueños de la noche
y maravillándose, ante sí
ve una gran ciudad,
murallas con frecuentes almenas,
y tras las blancas murallas
brillan las cúpulas de las iglesias
y de los santos monasterios.
Él despierta rápidamente a la zarina;
¡ella exhala un grito!.. «¿Será esto cierto? —
dice él—, lo veo yo:

mi cisne se divierte».

Madre e hijo van hacia la ciudad.

Apenas pisaron tras la empalizada,

un estruendoso repique de campanas

se elevó por todos lados:

el pueblo acude a su encuentro en masa,

el coro eclesiástico alaba a Dios;

en carruajes dorados

una corte espléndida los recibe;

todos los aclaman en voz alta

y coronan al príncipe

con el gorro principesco, y como jefe

lo proclaman sobre sí mismos;

y en medio de su capital,

con el permiso de la zarina,

aquél mismo día comenzó a gobernar como príncipe

y fue nombrado: príncipe Gvidón.

El viento juega sobre el mar

y empuja un barquito;

él corre por las olas

con las velas hinchadas.

Los marineros se maravillan,

se apiñan en el barquito,

en la conocida isla

ven un milagro наяву:

una ciudad nueva de cúpulas doradas,

un puerto con una fuerte aduana;
los cañones desde el puerto disparan,
ordenan al barco atracar.
Atracan los invitados en la aduana;
el príncipe Gvidón los invita como huéspedes,
los alimenta y les da de beber
y manda que den respuesta:
«¿Con qué comerciáis, invitados,
y hacia dónde navegáis ahora?».
Los marineros responden:
«Hemos recorrido todo el mundo,
comerciamos con martas cebellinas,
con zorros de pelaje negro plateado;
y ahora nos ha llegado el plazo,
vamos directamente hacia el este,
pasando la isla de Buyán,
al reino del glorioso Saltán...».
El príncipe les dijo entonces:
«Buen viaje os deseo, señores,
por el mar Océano
al glorioso zar Saltán;
llevadle mi saludo de mi parte».
Los invitados parten, y el príncipe Gvidón
desde la orilla, con alma triste,
despide su lejana partida;
mira — sobre las aguas corrientes

nada un cisne blanco.

«¡Salud, oh mi hermoso príncipe!

¿Por qué estás callado, como un día tormentoso?

¿De qué te has entristecido?» —

le dice ella.

El príncipe responde tristemente:

«La tristeza-melancolía me devora,

ha vencido al joven:

quisiera ver a mi padre».

El cisne al príncipe: «¡He ahí la pena!

Bien, escucha: ¿quieres en el mar

volar tras el barco?

Sé, pues, príncipe, un mosquito».

Y agitó sus alas,

salpicó el agua con ruido

y lo roció

de la cabeza a los pies.

Entonces él se redujo a un punto,

se transformó en mosquito,

voló y chilló,

alcanzó el barco en el mar,

descendió suavemente

sobre el barco — y se escondió en una grieta.

El viento sopla alegremente,

el barco corre alegremente

pasando la isla de Buyán,

hacia el reino del glorioso Saltán,
y la tierra deseada
ya se ve a lo lejos.

He aquí que los invitados desembarcaron;
el zar Saltán los invita como huéspedes,
y tras ellos hacia el palacio
voló nuestro valiente.

Ve: todo resplandeciente en oro,
el zar Saltán está sentado en la sala
sobre el trono y con la corona
con un pensamiento triste en el rostro;
y la tejedora y la cocinera,
junto a su comadre, la vieja Babarija,
están sentadas junto al zar
y lo miran a los ojos.

El zar Saltán sienta a los invitados
a su mesa y pregunta:
«Oh vosotros, invitados-señores,
¿mucho tiempo viajasteis? ¿adónde?
¿Bien allá tras el mar, o mal?
¿Y qué milagro hay en el mundo?».

Los marineros responden:
«Hemos recorrido todo el mundo;
tras el mar la vida no es mala,
y en el mundo he aquí qué milagro:
en el mar había una isla escarpada,

no apta para atracar, no habitada;
yacía como una llanura vacía;
crecía en ella un único roblecillo;
y ahora se alza en ella
una nueva ciudad con palacio,
con iglesias de cúpulas doradas,
con torres y jardines,
y en ella gobierna el príncipe Gvidón;
él te envía su saludo».

El zar Saltán se maravilla del milagro;
dice él: «Si sigo vivo,
visitaré la isla maravillosa,
me hospedaré con Gvidón».

Pero la tejedora y la cocinera,
junto a su comadre, la vieja Babarija,
no quieren
dejarlo ir
a visitar la isla maravillosa.

«¡Vaya rareza, en verdad! —
guiñando el ojo con astucia a los demás,
dice la cocinera—:
¡Hay una ciudad junto al mar!
Sabed que esto no es bagatela:
un abeto en el bosque, bajo el abeto una ardilla;
la ardilla canta canciones
y todo el tiempo roe nueces,
y las nueces no son comunes,
todas las cáscaras son de oro,
los granos, puro esmeralda;
he aquí lo que llaman milagro».

El zar Saltán se asombra del prodigio,
pero el mosquito se enfada, se enfada...
y justo entonces el mosquito
picó a la tía directamente en el ojo derecho.
La cocinera palideció,
se desmayó y quedó tuerta.
Los sirvientes, la comadre y la hermana
gritando atrapan al mosquito.
«¡Maldita mosquita!
¡Nosotras te...!» Pero él, por la ventana,
y tranquilamente hacia su dominio
voló cruzando el mar.

De nuevo el príncipe camina junto al mar,
sin apartar la vista del azul marino;
mira: sobre las aguas corrientes
nada un cisne blanco.
«¡Salud, oh mi hermoso príncipe!
¿Por qué estás callado, como un día tormentoso?
¿Qué te ha entristecido?» —
le dice ella.

El príncipe Gvidón le responde:
«La pena y la angustia me devoran;
quisiera establecer un prodigio extraordinario.
En algún lugar existe
un abeto en el bosque, bajo el abeto una ardilla;
verdaderamente una maravilla, no una bagatela:
la ardilla canta canciones
y todo el tiempo roe nueces,
y las nueces no son comunes,
todas las cáscaras son de oro,
los granos, puro esmeralda;
pero quizás la gente miente».

El cisne responde al príncipe:
«El mundo dice la verdad sobre la ardilla;
yo conozco este prodigio;
basta ya, príncipe, alma mía,
no te entristezcas; con gusto
te prestaré este servicio por amistad».

Con el ánimo reconfortado,
el príncipe se fue a casa;
apenas puso pie en el amplio patio,
¿qué ve? Bajo un alto abeto,
ante todos, una ardillita
roe una nuez de oro,
saca un pequeño esmeralda,
recoge la cáscara,
forma montones iguales
y canta con silbidos
ante todo el pueblo honrado:
«En el jardín, en la huerta».

El príncipe Gvidón quedó asombrado.
«Bueno, gracias —dijo—,
¡vaya cisne! Que Dios le dé
la misma alegría que a mí».

Luego el príncipe, para la ardilla,
construyó una casa de cristal,
le asignó una guardia
y además ordenó a un escribano
llevar un estricto conteo de las nueces.
Ganancia para el príncipe, honor para la ardilla.

El viento vaga por el mar
y empuja la navecita;
ella corre entre las olas
con las velas desplegadas
pasando junto a la isla escarpada,
junto a la gran ciudad:
los cañones desde el muelle disparan,
ordenan a la nave atracar.
Los huéspedes atracan junto a la aduana;
el príncipe Gvidón los invita como huéspedes,
los alimenta y les da de beber
y exige que respondan:
«¿Qué comercio realizáis, huéspedes,
y hacia dónde navegáis ahora?»

Los marineros responden:
«Hemos recorrido todo el mundo,

comerciábamos con caballos,
todos potros del Don,
y ahora se nos ha cumplido el plazo,
y tenemos ante nosotros un largo camino:
pasando junto a la isla Buyán,
hacia el reino del glorioso Saltán...»

Entonces el príncipe les dice:
«Buen viaje, señores,
por el mar Océano
hacia el glorioso zar Saltán;
y decid: el príncipe Gvidón
envía, dicen, su saludo al zar».

Los huéspedes se inclinaron ante el príncipe,
salieron y emprendieron el camino.
El príncipe va al mar, y allí el cisne
ya pasea sobre las olas.
El príncipe ruega: el alma, dicen, lo pide,
así atrae y arrebat...
He aquí que otra vez ella
al instante lo roció por completo:
el príncipe se transformó en mosca,
voló y descendió
entre el mar y el cielo
sobre la nave, y se metió en una grieta.

El viento alegremente susurra,
la nave alegremente corre
pasando junto a la isla Buyán,
hacia el reino del glorioso Saltán,
y ya desde lejos se divisa
la tierra deseada;
he aquí que los huéspedes desembarcan;
el zar Saltán los invita como huéspedes,
y tras ellos hacia el palacio
voló nuestro valiente.

Ve: todo resplandeciendo en oro,
el zar Saltán está sentado en la sala
sobre el trono y con la corona,

con un pensamiento triste en el rostro.

Y la hilandera con Babarija
y con la tuerta cocinera
están sentadas junto al zar,
mirando como sapos malvados.

El zar Saltán hace sentar a los huéspedes
a su mesa y pregunta:

«Oh vosotros, huéspedes-señores,
¿mucho tiempo viajasteis? ¿Adónde?
¿Bien o mal más allá del mar,
y qué prodigio hay en el mundo?»

Los marineros responden:

«Hemos recorrido todo el mundo;
la vida más allá del mar no es mala;
y he aquí qué prodigio hay en el mundo:
una isla yace en el mar,
una ciudad se alza en la isla
con iglesias de cúpulas doradas,
con torres y jardines;
un abeto crece frente al palacio,
y bajo él una casa de cristal;
allí vive una ardilla domesticada,
¡y qué inventora tan ingeniosa!
La ardilla canta canciones
y todo el tiempo roe nueces,
y las nueces no son comunes,
todas las cáscaras son de oro,
los granos, puro esmeralda;
los sirvientes guardan a la ardilla,
le sirven con diversos oficios,
y está asignado un escribano oficial
para llevar un estricto conteo de las nueces;
el ejército le rinde honor;
de las cáscaras funden moneda
y la ponen en circulación por el mundo;
las muchachas vierten esmeraldas
en los almacenes, bajo llave;
todos en aquella isla son ricos,

no hay cabañas, por doquier palacios;
y en ella reside el príncipe Gvidón;
él te envía su saludo».

El zar Saltán se asombra del prodigio.
«Si solo permanezco con vida,
visitaré la isla maravillosa,
me hospedaré con Gvidón».

Pero la hilandera con la cocinera,
con la comadre la vieja Babarija,
no quieren dejarlo ir
a visitar la isla maravillosa.
Sonriendo sigilosamente,
la hilandera dice al zar:
«¿Qué hay de admirable en esto? ¡Vamos!
La ardilla roe piedrecitas,
lanza oro y a montones
amontona esmeraldas;
con esto no nos sorprenderás,
digas la verdad o mientas.
En el mundo hay otra maravilla:
el mar se hincha bravío,
hierve, alza un alarido,
se precipita sobre la playa vacía,
se derrama en su ruidosa carrera,
y aparecen en la orilla,
con escamas, como fuego ardiente,
treinta y tres héroes,
todos guapos y valientes,
gigantes jóvenes,
todos iguales, uno como otro,
con ellos el tío Chernomor.
¡Esto sí es prodigio, tal prodigio,
puede decirse con justicia!»

Los huéspedes sensatos callan,
no quieren discutir con ella.
El zar Saltán se asombra del prodigio,
pero Gvidón se enfada, se enfada...

Zumbó y justo entonces
se posó sobre el ojo izquierdo de la tía,
y la hilandera palideció:
«¡Ay!» y al instante quedó tuerta;
todos gritan: «Atrápala, atrápala,
y aplástala, aplástala...
¡Ya verás! Espera un poco,
aguarda...» Pero el príncipe, por la ventana,
y tranquilamente hacia su dominio
voló cruzando el mar.

El príncipe camina junto al azul mar,
sin apartar la vista del azul marino;
mira: sobre las aguas corrientes
nada un cisne blanco.
«¡Salud, oh mi hermoso príncipe!
¿Por qué estás callado, como un día tormentoso?
¿Qué te ha entristecido?» —
le dice ella.

El príncipe Gvidón le responde:
«La pena y la angustia me devoran:
quisiera trasladar a mi dominio
un prodigio extraordinario».
«¿Y qué prodigio es ese?»
«En algún lugar se hincha bravío
el Océano, alza un alarido,
se precipita sobre la playa vacía,
se derrama en su ruidosa carrera,
y aparecen en la orilla,
con escamas, como fuego ardiente,
treinta y tres héroes,
todos guapos y jóvenes,
gigantes valientes,
todos iguales, uno como otro,
con ellos el tío Chernomor».

El cisne responde al príncipe:
«¿Esto es lo que te preocupa, príncipe?
No te aflijas, alma mía,

yo conozco este prodigio.
Esos guerreros marinos
son todos mis hermanos de sangre.
No te entristezcas pues, marcha,
espera a tus hermanos como huéspedes».

El príncipe fue, olvidando la pena,
se sentó en la torre, y hacia el mar
comenzó a mirar; el mar de repente
se agitó alrededor,
se derramó en su ruidosa carrera
y dejó en la orilla
a los treinta y tres héroes;
con escamas, como fuego ardiente,
los guerreros avanzan en filas,
y, brillando con canas,
el tío marcha al frente
y los guía hacia la ciudad.

El príncipe Gvidón baja corriendo de la torre,
sale a recibir a los queridos huéspedes;
el pueblo corre presuroso;
el tío dice al príncipe:
«El cisne nos envió hacia ti
y nos ordenó con mandato
guardar tu gloriosa ciudad
y recorrerla en vigilancia.
Desde ahora, cada día,
sin falta estaremos juntos
saliendo de las aguas marinas
junto a tus altos muros,
así nos veremos pronto,
pero ahora es hora de volver al mar;
el aire de la tierra nos es pesado».
Todos luego se fueron a casa.

El viento vaga por el mar
y empuja la navecita;
ella corre entre las olas
con las velas desplegadas

pasando junto a la isla escarpada,
junto a la gran ciudad;
los cañones desde el muelle disparan,
ordenan a la nave atracar.
Los huéspedes atracan junto a la aduana.
El príncipe Gvidón los invita como huéspedes,
los alimenta y les da de beber
y exige que respondan:
«¿Qué comercio realizáis, huéspedes?
¿Y hacia dónde navegáis ahora?»

Los marineros responden:
«Hemos recorrido todo el mundo;
comerciábamos con acero templado,
con plata pura y oro,
y ahora se nos ha cumplido el plazo;
y tenemos ante nosotros un largo camino,
pasando junto a la isla Buyán,
hacia el reino del glorioso Saltán».

Entonces el príncipe les dice:
«Buen viaje, señores,
por el mar Océano
hacia el glorioso zar Saltán.
Y decid pues: el príncipe Gvidón
envía, dicen, su saludo al zar».

Los huéspedes se inclinaron ante el príncipe,
salieron y emprendieron el camino.
El príncipe va al mar, y allí el cisne
ya pasea sobre las olas.
El príncipe de nuevo: el alma, dicen, lo pide...
así atrae y arrebat...
Y otra vez ella
al instante lo roció por completo.
Entonces él se hizo muy pequeño,
el príncipe se transformó en abejorro,
voló y zumbó;
alcanzó la nave en el mar,

descendió suavemente
sobre la popa, y se metió en una grieta.

El viento alegremente susurra,
la nave alegremente corre
pasando junto a la isla Buyán,
hacia el reino del glorioso Saltán,
y ya desde lejos se divisa
la tierra deseada.
He aquí que los huéspedes desembarcan.
El zar Saltán los invita como huéspedes,
y
detrás de ellos al palacio.

Voló nuestro valiente héroe.

Ve, todo resplandeciendo en oro,
al zar Saltán sentado en la cámara,
sobre el trono y con la corona,
con un pensamiento triste en el rostro.

Y la tejedora con la cocinera,
con la comadre la vieja Babarija,
se sientan junto al zar;
las tres miran con cuatro ojos.

El zar Saltán hace sentar a los huéspedes
a su mesa y les pregunta:
«¡Oh vosotros, huéspedes-señores,
¿mucho tiempo viajasteis? ¿adónde?
¿Bien allá tras el mar o mal?
¿Y qué milagro hay en el mundo?»

Los navegantes responden:
«Hemos recorrido todo el mundo;
la vida tras el mar no es mala;
mas en el mundo he aquí qué milagro:
una isla yace en el mar,
una ciudad se alza en la isla,
cada día ocurre allí una maravilla:
el mar se hincha bravío,

hierva, lanza un aullido,
se precipita sobre la playa vacía,
se derrama en veloz carrera,
y quedan en la orilla
treinta y tres bogatires,
ardiendo en escamas de oro,
todos jóvenes hermosos,
gigantes valerosos,
todos iguales, como escogidos;
el viejo tío Chernomor
sale del mar con ellos
y los conduce de dos en dos,
para guardar aquella isla
y recorrerla de vigilancia,
y no hay guardia más fiable,
ni más valiente, ni más diligente.

Y allí reside el príncipe Gvidón;
él te envía su saludo».

El zar Saltán se asombra del milagro.
«Si tan solo permanezco vivo,
visitaré la isla maravillosa
y me hospedaré chez el príncipe».

La cocinera y la tejedora
no dicen ni pío; pero Babarija,
sonriendo, dice:
«¿Quién nos va a sorprender con esto?
¡Gentes que salen del mar
y van patrullando por ahí!
¿Dicen verdad o mienten?
No veo aquí ningún milagro.
¿Acaso existen tales maravillas en el mundo?
He aquí lo que corre como rumor veraz:
tras el mar hay una zarévna,
de la cual no se puede apartar la mirada:
de día eclipsa la luz divina,
de noche ilumina la tierra,

la luna brilla bajo su trenza,
y en su frente arde una estrella.

Y ella misma es majestuosa,
surge como una pava real;
y cuando habla,
su voz fluye como un arroyuelo.
Puede decirse con justicia:
esto sí es milagro, verdaderamente milagro».

Los huéspedes sabios callan:
no quieren discutir con una vieja.

El zar Saltán se asombra del milagro,
mas el zarevich, aunque se enfada,
tiene compasión de los ojos
de su vieja abuela:
zumba alrededor de ella, gira,
y se posa прямо sobre su nariz;
el bogatir le picó la nariz:
en la nariz le salió una ampolla.

Y de nuevo cunde la alarma:
«¡Socorro, por Dios!
¡Guardia! Atrapadlo, atrapadlo,
aplastadlo, aplastadlo...
¡Ya verás! Espera un poco,
¡espera!...» Pero el abejorro, por la ventana,
voló tranquilamente hacia su destino,
cruzando el mar.

El príncipe pasea junto al mar azul,
sin apartar los ojos del mar azul;
mira: sobre las aguas corrientes
nada un cisne blanco.

«¡Salud, oh mi hermoso príncipe!
¿Por qué estás tan silencioso como un día nublado?
¿De qué te has entristecido?» —
le dice ella.

El príncipe Gvidón le responde:
«La pena y la angustia me consumen:
la gente se casa; yo miro,
y solo yo camino sin casar».

— «¿Y a quién tienes en mente?» — «En el mundo,
dicen, existe una zarévna,
de la cual no se puede apartar la mirada.
De día eclipsa la luz divina,
de noche ilumina la tierra;
la luna brilla bajo su trenza,
y en su frente arde una estrella.
Y ella misma es majestuosa,
avanza como una pava real;
su dulce voz habla
como si un arroyuelo murmurara.
Solo que, en verdad, ¿es cierto esto?»

El príncipe espera la respuesta con temor.

El cisne blanco guarda silencio
y, tras pensarlo, dice:
«¡Sí! Existe tal doncella.
Pero una esposa no es un mitón:
no se sacude de la blanca mano,
ni se mete detrás del cinturón.
Te serviré con un consejo:
escucha: sobre todo esto
reflexiona debidamente,
para no arrepentirte después».

El príncipe comenzó a jurarle
que era hora de que se casara,
que sobre todo esto
había reflexionado debidamente;
que estaba dispuesto, con alma apasionada,
tras la hermosa zarévna,
a ir caminando desde aquí
aunque fuera a treinta y nueve tierras de distancia.

El cisne entonces, suspirando profundamente,
dijo: «¿Para qué tan lejos?

Sabe que tu destino está cerca,
pues esa zarévna soy yo».

Entonces ella, batiendo las alas,
voló sobre las olas
y desde la altura descendió a la orilla,
entre los arbustos,
se estremeció, se sacudió
y se transformó en zarévna:
la luna brilla bajo su trenza,
y en su frente arde una estrella;
y ella misma es majestuosa,
avanza como una pava real;
y cuando habla,
su voz fluye como un arroyuelo.

El príncipe abraza a la zarévna,
la estrecha contra su blanco pecho
y la lleva rápidamente
hacia su querida madre.

El príncipe se postra a sus pies, suplicando:
«¡Soberana madre mía!
He elegido esposa para mí,
una hija obediente para ti;
ambos pedimos permiso,
tu bendición:
bendice a tus hijos
para vivir en concordia y amor».

Sobre sus cabezas sumisas
la madre, con un icono taumaturgo,
derrama lágrimas y dice:
«Que Dios os recompense, hijos».

El príncipe no tardó mucho,
se casó con la zarévna;
comenzaron a vivir y prosperar,
y a esperar descendencia.

El viento vaga por el mar
e impulsa la navecilla;

ella corre entre las olas
con las velas hinchadas,
pasando junto a la isla escarpada,
pasando junto a la gran ciudad;
los cañones disparan desde el muelle,
ordenan a la nave atracar.

Los huéspedes atracan junto a la aduana.
El príncipe Gvidón los invita a ser sus huéspedes,
los alimenta y les da de beber,
y ordena que respondan:
«¿Qué comercio ejercéis, huéspedes,
y adónde navegáis ahora?»

Los navegantes responden:
«Hemos recorrido todo el mundo,
hemos comerciado no en vano
con mercancía no indicada;
mas nuestro camino es largo:
de regreso hacia el oriente,
pasando junto a la isla Buyán,
al reino del glorioso Saltán».

El príncipe les dijo entonces:
«Buen viaje, señores,
por el mar Océano
hacia el glorioso zar Saltán;
y recordadle a él,
vuestro soberano:
prometió venir de visita a nosotros,
y hasta ahora no se ha decidido;
le envío mi saludo».

Los huéspedes parten, y el príncipe Gvidón
esta vez se quedó en casa
y no se separó de su esposa.

El viento murmura alegremente,
la nave corre alegremente
pasando junto a la isla Buyán
hacia el reino del glorioso Saltán,

y la tierra conocida
ya se divisa a lo lejos.

He aquí que los huéspedes desembarcan.
El zar Saltán los invita a ser sus huéspedes.
Los huéspedes ven: en el palacio
el zar está sentado con su corona,
y la tejedora con la cocinera,
con la comadre la vieja Babarija,
se sientan junto al zar,
las tres miran con cuatro ojos.

El zar Saltán hace sentar a los huéspedes
a su mesa y les pregunta:
«¡Oh vosotros, huéspedes-señores,
¿mucho tiempo viajasteis? ¿adónde?
¿Bien allá tras el mar o mal?
¿Y qué milagro hay en el mundo?»

Los navegantes responden:
«Hemos recorrido todo el mundo;
la vida tras el mar no es mala,
mas en el mundo he aquí qué milagro:
una isla yace en el mar,
una ciudad se alza en la isla,
con iglesias de cúpulas doradas,
con torres y jardines;
un abeto crece frente al palacio,
y bajo él hay una casa de cristal;
en ella vive una ardilla domesticada,
¡y qué maravillosa es!
La ardilla canta canciones
y roe nueces sin cesar;
y las nueces no son ordinarias,
sus cáscaras son de oro,
los granos, puro esmeralda;
miman y cuidan a la ardilla.

Allí hay otra maravilla:
el mar se hincha bravío,
hierve, lanza un aullido,

se precipita sobre la playa vacía,
se derrama en veloz carrera,
y aparecen en la orilla,
con escamas, ardiendo como fuego,
treinta y tres bogatires,
todos hermosos y valerosos,
gigantes jóvenes,
todos iguales, como escogidos,
con ellos el tío Chernomor.
Y no hay guardia más fiable,
ni más valiente, ni más diligente.

Y el príncipe tiene una esposa,
de la cual no se puede apartar la mirada:
de día eclipsa la luz divina,
de noche ilumina la tierra;
la luna brilla bajo su trenza,
y en su frente arde una estrella.
El príncipe Gvidón gobierna aquella ciudad,
todos lo alaban fervientemente;
él te envía su saludo,
y además te reprocha:
dice que prometió venir de visita a nosotros,
y hasta ahora no se ha decidido».

Entonces el zar ya no pudo contenerse,
ordenó equipar una flota.

Pero la tejedora con la cocinera,
con la comadre la vieja Babarija,
no quieren dejar que el zar
visite la isla maravillosa.

Mas Saltán no les hace caso
y de inmediato las calma:
«¿Acaso soy yo zar o un niño? —
dice sin bromas: —
¡Hoy mismo parto!» Entonces dio un pisotón,
salió y cerró la puerta de un portazo.

Bajo la ventana Gvidón está sentado,
mirando en silencio el mar:
no ruge, no azota,
solo apenas, apenas tiembla,
y en la lejanía azurada
aparecieron navíos:
por las llanuras del Océano
avanza la flota del zar Saltán.

El príncipe Gvidón entonces saltó,
gritó con voz atronadora:
«¡Madre mía querida!
¡Tú, joven princesa!
Mirad allá:
viene nuestro padre hacia aquí».

La flota ya se acerca a la isla.
El príncipe Gvidón apunta con su catalejo:
el zar está de pie en la cubierta
y los mira a través del catalejo;
con él están la tejedora y la cocinera,
con la comadre la vieja Babarija;
ellas se asombran
de aquella tierra desconocida.

De repente dispararon los cañones;
en los campanarios repicaron las campanas;
Gvidón mismo va hacia el mar;
allí recibe al zar
con la cocinera y la tejedora,
con la comadre la vieja Babarija;
lo condujo a la ciudad,
sin decir palabra.

Todos entran ahora en las cámaras:
junto a las puertas brillan las corazas,
y ante los ojos del zar están
treinta y tres bogatires,
todos jóvenes hermosos,
gigantes valerosos,
todos iguales, como escogidos,
con ellos el tío Chernomor.

El zar entró en el amplio patio:
allí, bajo un alto abeto,
la ardilla canta una canción,
roea una nuez dorada,
saca una esmeraldita
y la deposita en una bolsita;
y el gran patio está sembrado
de cáscaras doradas.

Los huéspedes avanzan más; apresuradamente
miran: ¿qué es? La princesa: ¡una maravilla!
Bajo su trenza brilla la luna,
y en su frente

la estrella brilla;

Y ella misma, majestuosa,
avanza como un pavo real,
y lleva de la mano a su suegra.
El zar mira y la reconoce...
¡Su corazón salvaje se desborda!
«¿Qué veo? ¿Qué es esto?
¡Cómo!» —y el aliento se le corta...
El zar se baña en lágrimas,
abraza a la zarina,
y al hijito, y a la joven,
y todos se sientan a la mesa;
y comienza la alegre fiesta.

Pero la hilandera y la cocinera,
junto a la comadre, la vieja Babarija,
huyeron despavoridas a los rincones;
apenas lograron encontrarlas allí.
Entonces confesaron todo,
se arrepintieron, rompieron a llorar;
el zar, por tanta alegría,
las dejó ir a las tres a casa.

Pasó el día; al zar Saltán
lo acostaron medio ebrio.
Yo estuve allí; bebí hidromiel y cerveza —
y solo me mojé los bigotes.

